

Pluma y Lapiz
 PERIÓDICO ILUSTRADO
 20 CÉNTIMOS
 ADMINISTRACIÓN - BUSQUETS HERMANOS - CALLE DEL OLMO Nº 8.



FRENTE AL ENEMIGO



DESDE LA PUERTA DEL SOL

LUGAR de la escena: una típica casa de vecindad, con su enorme patio y sus cuatro ó cinco corredores, en los que no hay respectivamente menos de cien pisos. Personajes: una jóven soltera que dá á luz un niño hermoso y robusto, como por amargo contraste lo son casi todos los nacidos en la miseria, una matrona corredora de amas de cria, una dama misteriosa y aristocrática, de elegante porte, que cabildea, va en carruaje al tugurio, no se levanta el velo de la cara, y maneja billetes de cien pesetas con desenvoltura y sin darles importancia; coro general de vecinos que huele la «guita» y charla y comenta; el traidor, el barítono, un joven listo que vé á la muchacha y madre entregar «un lío» á la señora rica, en un simón; el bajo, un agente de policía que vive en la finca de los once mil cuartos y que pone en conocimiento de la autoridad lo que sucede; época de la acción, contemporánea, y sitio la calle de Santiago el Verde, enclavada en el corazón de los barrios bajos.

Con tales elementos ya tienen los periódicos de gran tirada la novela sensacional de moda, en la que, como es natural, ha intervenido la justicia; se titula «La venta de un niño», y los lectores ávidos de cosas estupendas toman, por ahora, el chocolate, emocionados con las noticias de la casa de vecindad y de la dama misteriosa. Y, como la palabra viene á pelo, terminaré yo mi nota, diciendo: se continuará... y ojalá que el afán de información no malbarate la obra del juez.

Entre los madrileños contaba con unánimes simpatías; ya le conocían, ya les constaba su génio artístico; ahora le han recibido como á un amigo antiguo, de los que se admiran desde lejos, y á los que no se sabe conque obsequiar cuando se les vuelve á ver. Todas las noches tiene que salir á escena entre un estruendo de aplausos.

Don Juan Goula es una de las siluetas más vigorosas y características de estos tiempos. Que es catalán lo revela aquella lengua barba, ya muy gris, que más bien es una ancha perilla mefistofélica, si vale el simil, de fabricante del principado, muy gustoso de semejante ornamentación capilar; que es un maestrazo se comprende en cuanto se le ha visto dirigir medio acto y se le ha visto llevar una ópera. Posée una batuta inconcebible, pasmosa, que tiene algo de la fiereza de un dictador; en cualquier momento que se le mire se le encontrará impuesta á la representación, sujetando á todo el mundo, desde el violín concertino al último comparsa; en los fuertes, en los crescendos, se convierte en la clave de un Hércules; en los pianos es una suave varita mágica; cuando cae sobre el atril, terminado el espectáculo, jadea rendida. Es indudable que en aquel palito nervioso y frenético, hay escondida un alma de una sensibilidad inmensa.

Unos y otros van á popularizar entre los yanques, á dejar para siempre en sus oídos y en su corazón, dos palabras españolísimas: estudiantina y Zaragoza. La primera, organizada por los señores Granado y Oros, lleva consigo la tradición de la España literaria del siglo XVII, del escolar de remendadas calzas, lista tizona, pronta vihuela, y bolsillo escurrido y lacio del atomista de Salamanca ó de Alcalá, enredador, ingenioso, enamorado y, alicuando, aplicado. La segunda, es representante de la España militar moderna, conduce el ros nacional cubierto de gloria y también cuenta sus orígenes en aquel pasado de triunfos y desastres, en que peleaba en Flandes como uno de los tercios más brillantes de nuestras armas, con el nombre del Victorioso.

Dentro de veinte días, la banda de línea y la estudiantina, darán á conocer en la cultísima ciudad, improvisada por la industria moderna, nuestras peteneras, malagueñas, muñeiras, seguidillas, sardanas y jotas, y cada uno de los ejecutantes, acordándose de la patria ausente, de la bendita tierra natal, más querida cuanto más lejos se contempla, sentirá los ojos llenos de lágrimas de gratitud

y de ternura, al oír á los norteamericanos deshacerse entusiasmos en aplausos, ante aquellos alegres aires llenos del fuego del país del sol.

En las Alamedas de la Castellana, trotando por el paseo de caballos, han aparecido ya las siluetas precursoras de las próximas fiestas hípicas. Los transeúntes encuéntranse todas las mañanas, ya solos, ya por parejas, ya en grupos, los jokeys que llevan á estirar las patas á sus cuadrúpedos. Los jinetes, con su aspecto británico ingerto en chulo, llevan gorra de visera, de paño, y gabancillo crema, á la moda; las yeguas van rebujadas de pies á cabeza en finas mantas de paño, con la corona ó iniciales en un ángulo. Por lo regular caminan al paso, cuando más trotan, dan su vueltecita higiénica y á la cuadra. Todas las precauciones son pocas. Cada una de esas raras figuras significa miles de duros.

El año pasado fueron los claveles; este las lilas. La química, orgullosa de sus éxitos, le ha declarado la guerra á la naturaleza, y aspira á reformarla, encontrándola antigua y monótona. El verde es hasta la presente el color favorito de la ciencia. Los claveles verdes se pusieron de moda á su aparición. Ahora les toca á las lilas verdes. Y, por si las mañosas señoritas de la clase media quieren ahorrarse dinero y hacer el tinte en casa, les diré en secreto el nombre de la sustancia colorante, facilísima de retener en la memoria. Se llama: Tetraethyldiamidotriphenilcarbinol.

ALFONSO PEREZ NIEVA

LAS GRADAS DE LA VICTORIA

I
Con un canuto de lata mal suspendido del cuello, de una cinta con más nudos que cordón de Recoletos; Sin asomos de camisa, hechos trizas los gregüescos, y unas tiras de gamuza diciendo aquí fué colete; Con una pierna de palo, un parehe en el ojo izquierdo, y de sucio cabestrillo pendiente el brazo derecho; De la Victoria en las gradas, con avinagrado acento, cierta mañana, un soldado limosna estaba pidiendo; Y al mirar que, aunque decía con voz dolorida aquello de «esta pierna perdí en Salsas, en Maestrick este otro remo; y, tras sufrir en las Dunas dos heridas en el pecho, en Nordlinga me dejaron de un arcabuzazo tuerto,» ni una pieza segoviana fuera á caer en su fieltro; disfrazando de gracias tres por vidas y un reniego, gruñó para sí:—¡Pardiobre, que anda ya el oficio bueno; hoy, por lo visto, no saeo para un trago de lo añejo!— Y ya de pié se ponía, de su suerte maldiciendo, cuando, al ver que un barbilindo, muy gorifo y muy compuesto, Tan enguantado de manos como rizo de cabellos, mirando hacia todas partes se encaminaba hacia el templo, Se volvió á su duro escaño, desarrugó el hosco ceño, y, haciendo por que sus voces llegaran hasta el mancebo, Se puso á gritar:—¡Hermanos, librenos el rey del cielo de una tentación el alma, de un aire corrupto el cuerpo!

II
En cuanto á oídos del lindo llegó tal canturia ó rezo, cual flecha que el arco lanza llegó al lisiado, resuelto. Y, revelando en su tono ser ya conocidos viejos, estas frases se cruzaron rápidamente entre ellos:
—¿No vino aún?
—Es muy pronto.
—¿Pero vendrá?
—Así lo espero,

que nunca falta á la misa de diez. Ya estoy en acecho.
¿Puedo, por hoy, seros útil?
—Con prudencia y con misterio es preciso que á sus manos llegue este billete.
—Entiendo.

Y, como ambos una dama vieran venir desde lejos, precedida de una dueña de tocas y mantos luengos, En tanto que entre el gentío burlaba el galán el cuerpo, un papel y una moneda ocultando en el chapeo, Con voz, siempre quejumbrosa, siguió el lisiado diciendo:
—¡Tengan lástima á un soldado mal herido y bien enfermo!

III
Desde un rincón de la lonja, que dá á la Victoria ingreso, dos ancianos venerables, de noble y marcial aspecto, Con la indignación pintada en sus semblantes severos, con airada vista siguen del pobre los movimientos: Y al ver que, por fin, la dama, mucha caridad fingiendo, cambió en manos del mendigo por una moneda un pliego, Pálido el rostro de ira exclamó, al cabo, uno de ellos: —¿Y ahora, de nuestros soldados seguís la defensa haciendo?
—Callad por Cristo, don Lope,— exclamó su compañero,— los bravos que en Francia y Flandes dejan sus honrados huesos, Son, en tan alta manera dignos de nuestro respeto, que los ofende y me ofende quien los compara con esos.
—¿Es decir qué?...
—Yo os respondo que ese rufian embustero, jamás escuchó en el campo de un arcabuz el estruendo.

Decid mas bien que esta Côte, en donde tienen asiento el más cinico descoco y el más bajo desconcierto; Es iglesia que sagrado ofrece á los que, debiendo estar en nuestras galeras purgando imborrables yerros, Disfrazados de soldados, venden por gloriosos hechos, reliquias que en las tabernas y sin reñir adquirieron.
—Razón teneis, buen amigo,—

le contestó el otro viejo—
subir dejando á la boca
la indignación de su pecho.—

Y en tanto los veteranos
de nuestros gloriosos tercios
sin cobrar una soldada,
faltos hasta de sustento,

Al mirar tanta miseria,
de justa vergüenza llenos,
antes que manchar la espada
que cien veces esgrimieron,

Vencidos hoy por el hambre,
ellos que invencibles fueron,
siembran campos y caminos
con sus insepultos cuerpos.—

Y aquí el viejo, decorando

su discurso con dos ternos,
concluyó, poniendo punto
á todo razonamiento;
—Mas, ¡qué ha de pasar, por Cristo,
en un país en que vemos
que no hay para gobernarnos
mas que malvados ó necios!—

Y ambos interlocutores,
con hosco y airado gesto,
á oír la misa se entraron
en el interior del templo,

Mientras gritaba el mendigo,
con estudiados lamentos:
—¡Hagan limosna á un soldado
que encaneció, al rey sirviendo!

ANGEL R. CHAVES

ESCENA DOMÉSTICA

(Personajes: Doña Estrella,
su esposo Ramón París,
sus dos hijos Pepe y Luis,
y Pilar, que es la doncella.
Rico y viejo es don Ramón,
sus hijos tienen solapa,
Pilar es requeteguapa
y Estrella es un mascarón.)

Estrella—¡Vaya un servicio!
¡Yo no sé cómo lo aguanto!

Pilar—No riña usted tanto,
que usted se queja de vicio.

Estrella—¡Qué atrocidad!
Esto ya de abuso pasa.

Pilar—Pues me iré á otra casa.

Ramón—¡Qué contrariedad!

Pilar—Ni es usted señora,
ni lo ha sido usted en su vida,

Doña Estrella, enfurecida:

—¡Calle la alborotadora!

Luis—¡Dios mío, se me vá!

Pepe—¡Se me vá, Dios mío!

Pilar—Voy á hacer el lio.

Estrella—¡Te pesará!

Pilar—Pues llamaré un mozo
que me lo lleve á otro lado.

Luisito—¡Me ha fastidiado!

Pepe—¡Mi gozo en un pozo!

Pilar—Ya tanto capricho...

Estrella, airada—¡Chitón!

Pepe y Luis—Tiene razón.

Estrella—¡Silencio he dicho!

Pepe, en secreto, á Pilar:

—¡Te doy, si sigues aquí,

dos duros al mes de mi

bolsillo particular.)

Pilar—¡Qué proposición!

Mas pobre no puede ser.)

Estrella—Vamos á ver

si se arregla esta cuestión.

Luis—(Pilar, vete ligera,

y te aseguro, y no en guasa,

que voy á ponerte casa

cuando acabe la carrera.)

Pilar—(Antes la tendré

de lo que usted me propone.)

Luisito—¿Y quién te la pone?

Pilar—(Su papá de usted.)

Y, á costa de don Ramón,

hoy vive aquella beldad.

«¡Buena está la sociedad!»

como dijo San Antón.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

GALERÍA ARTÍSTICA



SOFÍA ALVERÁ

PRIMAVERA

A PEDRO BOFILL

29

EN acá, querido amigo y compañero, ven á mis brazos ¡oh,
Bofill!, abracémonos fuertemente y lloremos.

«Verde de los prados, perfume de violetas, revolar de la alon-
dra, canto del mirlo, aire puro, lluvia de sol, yo te saludo, ¡oh pri-
mavera!»

Así se expresaba Uhland, dando la bienvenida á la bella esta-

ción que empieza á acariciarnos dulcemente. Otros años habíase
mostrado esquiva, retrasando cruelmente su ansiada aparición; ¡qui-
zá por eso ha querido echársenos encima ahora, sin darnos la voz
de alerta, sin gritar ¡vida val!

Ya está aquí ofreciéndonos la vida, despertando nuestras fuer-
zas, dilatando nuestros pulmones, ensanchando nuestro corazón,
afinando nuestros sentidos, desperezando nuestras almas, abrasán-
donos á todos con llamaradas de incendio, ante el espectáculo so-
berano de la tierra en plena fermentación.

Como los perros al salir del agua, nos sacudimos fuertemente,
levantamos la cabeza y aspiramos el aire puro, el aliento del cam-
po, y sentimos dentro de nuestro sér la resurrección de la virilidad
dormida, el riego vivificante de la sangre, que nos hace cosquillas
en todo el cuerpo, y corre lozana, ligera y joven, después del letar-
go invernal.

Y sin embargo ¡contrastes de la vida! cuando Diós resucita y la
Primavera asoma su nacarado rostro; cuando las flores abren sus cá-
lices y las ovejas triscan y se besan los cisnes; cuando los instintos
teleológicos se recrudecen en el hombre y en la bestia, en este am-
biente de dilatación amorosa, en esta época del celo universal, tó-
canos á nosotros plegar las alas, cerrar los ojos, romper las cuerdas
de nuestras liras y plañir.

Plañir, sí, Bofill amigo, plañir ¡pardiez!, sabe Diós hasta cuan-
do. Para los demás la Pascua, para nosotros la Pasión, una Pasión
prolongada que ha dado comienzo con la apertura de las Córtes y
tendrá fin con su clausura allá á mediados de Julio.

La fèria de la política exhibe ya sus barracas, se acerca el ci-
clón parlamentario que ha de arrastrarnos á tí y á mí, pobres hojas
secas de la literatura y del arte.

No nos queda más recurso que huir ante la horda que se avan-
za á pasos agigantados, con su botín de actas, de enmiendas, de es-
cándalos y de abusos de todo linaje, saco de desperdicios que trae
en sus espaldas ese trapero de la política moderna que se llama el
sufragio universal.

Mientras las Córtes están cerradas respiramos; mientras esa in-
mensa boca calla, hablamos nosotros. Es la única tregua que la polí-
tica ofrece á la literatura, tregua menguada, puesto que, aún en tiem-
pos normales, las letras viven de limosna en la prensa política de
Madrid; pero, en fin, algo es algo, ya que en el insoportable fàrrago
de política que entierra á los diarios de la córte, la literatura sirve
de relleno y ofrece en tales ocasiones cierto interés.

Pero en cuanto se anuncian unas elecciones, ó se reanudan
los trabajos de Córtes ya constituídas ¡á morir! Los literatos somos
plantas exóticas, séres que vegetan en una escala inferior; vivimos
fuera de la realidad de las cosas y hacemos, por ende, en los periód-
icos, la misma falta que los perros en misa.

Recuerdo todavía con terror un programa político de la semana,
que leí en *La Época* hace quince días.

El lunes por la tarde reunión de los senadores conservadores, y,
por la noche, de las minorías republicanas.

El martes, sesiones preparatorias en el Senado y en el Congre-
so, y reunión de los diputados conservadores puros (los del Sr. Cá-
novas) y de los impuros (los del Sr. Silvela). Por si no hubiera bas-
tante con esto, reunión de las mayorías purísimas del Congreso y
del Senado. ¡Bendita sea tu pureza!

El miércoles, apertura de las Córtes con toda la apetecida so-
lemnidad.

El jueves, primera sesión del Congreso y sesión primera del
Senado.

Y el viernes... ¡el viernes reunión de los literatos para dirigirse
el saludo de los trapenses: «¡Que morir tenemos! ¡Ya lo sabemos!»
y entregar sus cabezas á la segur de la política.

¡*Lasciate ogni speranza, o voi che scrivete!*, y plañamos, Bofill,
plañamos, que no nos queda más recurso que plañir.

Las redacciones de los periódicos, que hasta ahora tenían ca-
rácter de oasis relativos, se convierten en áridos desiertos.

Las discusiones de actas, las zonas fiscales, la cuestión de las
capitanías generales, la Junta Central del Censo, la alcaldía de Ma-
drid, las leyes municipal y provincial, los hermanos, los yernos, los
primos y demás parientes de los personajes conspicuos, y esa ma-
sa anónima aplastante, compuesta de valores negativos, de Perez y
de García y de Pelaez, dándose tono y pesando sobre el país como
una fuerza efectiva, la degeneración en todo su auge, la megaloma-
nía en todo su esplendor.

Los Bárbaros están á las puertas de Roma. ¡Sálvese quien pue-
da, y plañamos, Bofill, plañamos, que no nos queda más recurso
que plañir!

Es verdaderamente extraño lo que pasa con la prensa política
de esta deliciosa capital. Somos el pueblo más despreocupado y
bullanguero de la tierra, nuestro cielo está casi siempre azul, el sol
luce convidándonos á la alegría, los cafés baten su lleno—como di-
ría un traductor de folletines—á las doce de la noche, somos lige-
ros, impresionables, *objetivos*, y por todos los poros del cuerpo nos
rebosa el hambre de vivir y gozar.



La Junta de Cadiz Febrero de 1810

Parece, pues, que la prensa, reflejo de la opinión pública, trasunto fiel de nuestro temperamento, debería de bañar sus columnas con la sangre retozona y caliente que hierve en nuestro cuerpo y corre por nuestras venas.

Pues bien; ocurre precisamente todo lo contrario. La política, la soporífera política, lo invade todo; los periódicos no son reflejo de la opinión del país, sino fonógrafos del salón de conferencias del Congreso y de los Centros ministeriales ó de oposición.

Artículos de fondo, misceláneas, noticias, comentarios de última hora, todo sale del engrudo de la política; fuera de eso parece que no existe salvación.

La literatura queda relegada á último término, ¡y gracias á que algunos diarios le dan albergue semanalmente en la Tienda Asilo de una mísera plana!

Como no se cometa algun horrendo crimen que se preste á la fantástica instrumentación de los *reporters* y pueda constituir un folletín de actualidad fuera del piso bajo, no hay que buscar nada que refresque el ánimo, nada que instruya, nada, en resumen, que ayude á la educación literaria del pueblo.

¡Política, política, siempre política! Es claro; como la política da la harina hecha, es mucho mas fácil amasar el pan; esto ahorra estudios, no se piensa, no se ahonda, y todo se reduce á vestir hechos con un ropage vulgar. Se hace uno un estilo como se compran en las pañerías de la Plaza Mayor trages completos por cinco duros y já vivirl

Sólo de vez en cuando respiro, al leer artículos del Sr. Burell ó del Sr. Suarez Figueroa—á quienes no tengo el gusto de conocer, *ni aun de vista*;—y al admirar aquel estilo, enérgico, pintoresco, sentido, literario, en una palabra, que hace agradables las lucubraciones más estériles de la política, me duele considerar que, solo de higos á brevas, y cuando repican gordo, caen tales regalos deleitosos é instructivos.

Ya sé que en los periódicos de reciente creación, la literatura ocupa un lugar que irá agrandándose de día en día. Pero ¿los periódicos de gran circulación? ¡Misericordia! Parecen hechos para los montones anónimos de la mayoría política ó de la oposición; diríase que aquí no vivimos más que de la política, no pensamos más que en ella, ni puede existir fuera de su campo nada que nos interese, nos enseñe y nos conmueva.

¿A qué obedece esta plétora? ¿Es que los asuntos políticos llevan en sí la razón de todo nuestro organismo social y representan, por decirlo así, la parte sustancial de nuestra etnografía?

¿O es que en un país, donde solo tres millones de ciudadanos saben leer y escribir, hay tal escasez de literatos, que la prensa se ve obligada á sacrificar las letras, el pensamiento, lo inmortal, á la política, á la acción, á lo que muere y no deja rastro?...

Detengo mi pluma al llegar á este punto y lo hago final, cantando la estación de las flores con el *leit motiv* de dos *primaveras*:

¡Plañamos, Bofill, plañamos, que no nos queda más recurso que plañir!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI



¡HOLA, HOLA!...

Me daba mal que pensar que no salieras de casa, mas hoy que sé lo que pasa ya no me puedo callar.

Creí que algún mal traidor te obligaba á obrar así, y hasta te compadecí con verdadero dolor.

Hoy, que todo lo he sabido con indecible sorpresa, me pesa, si tal, me pesa haberte compadecido.

¡Ah, bribón! ¡Con que destinas las horas desocupadas, en conquistar las criadas igual propias que vecinas!...

¡Con que te causa tal gozo que, pasas la vida entera, la mitad en la escalera y el resto juntito al pozo!...

Sé que, á la del principal, que es una valiente moza, en broma, siempre que poza, le vacias el pozal.

La del segundo se ofende cuando vé tanta franqueza y te tira á la cabeza chinas del carbón que enciende.

Suerte que la del tercero no lo sabe todavía, porque en saberlo, aquel día, jesa te tira el brasero!

Con todas risueño y fino, haces de ellas lo que quieres. ¡Cuando digo yo que tú eres

todo un punto filipino!...

Con entera libertad timas á las infelices, y les dices... ¡sí, les dices más de una barbaridad!

Y exclaman, cuando esto ven: —¡Ay, qué cosas, Dios bendito, que tiene este señorito!...— ¡No lo saben ellas bien!

Tu criada, la taimada, sabe que le eres traidor, porque tú haces el amor cada día á una criada.

Razón tiene, ya se vé; hoy la pobre se querella porque empezaste por ella y le has dado un puntapié.

Por lo mismo está que trina al mirarte tan ageno... ¡Buen principio, pero bueno! ¡Qué cocina tu cocina!...

Te olvidas sobrado pronto de que ella, días atrás, te enseñaba á hacer *foigrás*... mientras tú hacías el tonto.

Te enseñó á hacer escabeche, flanes, quesos y otras cosas, tan ricas y apetitosas, en que también entra leche.

Yo te digo, sin embozo, que, á proseguir esas huellas, se coaligan todas ellas... ¡y vas de cabeza al pozo!

F. ROIG BATALLER



ELLA FUÉ...

I
—Había yo jugado con su carne igual que con las rosas juega el cierzo,— decía, retorciéndose las manos en la negruzca reja, el pobre preso— y era entónces tan mía, y yo tan suyo, que (testigo ese cielo que ya no puedo ver, aunque me importa poco eso ya desde que no la veo!) como siempre buscaban como imanes sus lábios de coral estos de fuego, entre su alma y la mía la distancia mayor que pudo haber era de un beso.

II
Pues bien; pues, la traición, fué todavía más grande que el amor, que no fué eterno, como ella me juró, solo porque ella no cumplió eternamente el juramento. Yo ví con estos ojos, estos mismos que de tanto llorarla están ya secos, su traje blanco, de mi amor sudario, y el ramo de azahar prendido al pecho, como sello oficial de su pureza... ¡como un diamante falso sobre el cieno! ¡Quién, al verme en la boda, pensaría que estaba yo asistiendo allí á mi entierro!..

III
¿Olvido? No hay olvido; por buscarlo quiso poner mi pena el mar por medio, pero ¿cómo encontrar lo que quería, si es el mar tan pequeño para poder llegar á ningun sitio donde no ver lo que se lleva dentro? El viento de mi mal me llevó á la ida, y me volvió enseguida el mismo viento: ¡huracán de recuerdos, que soplaba en la encendida hoguera de mis celos! ¿Si la encontré? La hubiera yo encontrado

en el sitio más hondo del infierno. ¿Que á qué fui yo á su casa? Ni yo mismo he podido saberlo. Sé que encontré en el aire de aquel día de cielo azul y diáfano y sereno, entre rayos del sol de primavera y aromas de botones entreabiertos, algo así como efluvios misteriosos, perfumes aspirados otro tiempo, que, llenándome el alma de una inmensa pensadez sofocante de recuerdos, pusieron no sé qué ansias en mis lábios ó no sé qué venganzas en mi pecho.

IV
Lo mismo que una rosa que en la rama se mece entre capullos entreabiertos la ví, enfrente de mí, (si no quedaron los ojos míos al mirarla ciegos) en medio de sus hijos, de dos ángeles, rubios como los ángeles del cielo. Quedó inmóvil al verme; ví en su cara la trasparente palidez de un muerto, y sacudió, temblando, la cabeza, como queriendo despertar de un sueño, mientras que los dos niños me miraban con sus ojos azules, sonriendo. Quise hablar y no pude y... ¡te lo juro! me iba ya á arrodillar besando el suelo, y á adorar en la madre que veía á aquella pobre madre que no tengo, y huir de aquella dicha que turbaba y dar mi alma á los niños en dos besos, cuando ella, dando un grito, rompió en llanto, dejó á sus hijos y se echó á mi cuello... ¡Yo entonces ya no pude ver los niños, saqué el puñal y se lo hundí en el pecho!

MARCIAL DE LOS RIOS



EL SECRETARIO

SE puede ver al Sr Ministro?
—No señor; hoy no recibe.

—¿Y su secretario particular?

—Tampoco.

—¡Caramba! El caso es que necesito verle... Hombre, hágame usted el favor de decir al Sr. Secretario, que soy Risueño...

—Aunque sea V. «afligido;» el Sr. Secretario no recibe á nadie, porque está encerrado con el jefe.

—¡Por vida!...

—Aquí no se venga V. con juramentos.

—Permítame V., al menos, que me desahogue.

—Vaya V. á desahogarse á la mitad del arroyo.

El pretendiente se retira cabizbajo, y al otro día vuelve al ministerio, donde es recibido por el hugier, con señales manifiestas de mal humor.

—¿Qué desea V? — le pregunta este.

—Quisiera ver al Ministro.

—No recibe.
 —¿Y el Secretario?
 —¿Cómo se llama V?
 —Risueño; ya se lo dije á V. ayer tarde.
 —¿Cree V. que voy á tener en la memoria todos los nombres de los que vienen aquí con *esigencias*?
 —Yo no creo nada.
 —Bueno; pasaré aviso al Sr. Secretario por si se *dizna* recibirle.
 El pretendiente consigue al fin llegar hasta el trono en que tiene asiento la alta personalidad del secretario.
 Este mira á Risueño con aire de profundo desdén y acaba por preguntarle:

—Usted dirá lo que desca.
 —Pues vengo á molestar al Sr. Ministro sobre un asunto importante. Yo soy Risueño, Estirado y compañía, de Benicarló, sucesores de Rejoncillo Hermanos...
 —Sea V. breve.
 —Nosotros tenemos depósito de harina de linaza y surtimos á todos los hospitales así civiles como militares y eclesiásticos...
 —Al grano, al grano.
 —¿A qué grano?
 —Al asunto.
 —El gobierno nos adeuda seis mil duros de cataplasmas y otros dos mil de linaza en polvo. Hemos presentado doce reclamaciones desde marzo acá y todavía no sabemos nada de los ocho mil duros.
 —¿Y qué?
 —Nada, que vengo á quejarme al Sr. Ministro.
 —¿Y cree V. que el Ministro no tiene otras cosas de más importancia en qué pensar? ¿Se imagina V., acaso, que en estos altos puestos de la administración pública, puede uno tener presente la conveniencia individual de este ó el otro caballero? No he visto gente menos considerada que ustedes los industriales.
 —¿CÓ no?
 —No puedo perder las horas en esta clase de conferencias. Deje V. una nota expresiva de sus deseos y daré cuenta al Ministro, para que este resuelva.

—La traigo redactada.
 —Perfectamente; déjela V. ahí, y que entre otro.
 Risueño deja la nota sobre la mesa y sale de la secretaría con las orejas como dos sobreasadas, y el secretario saluda con una ligera inclinación de cabeza y se pone á pasear por su despacho solénnemente.

Diez minutos después entra una señora que vá á saber si se ha resuelto el expediente de su viudedad, incoado hace 49 meses.
 —El Ministro no se ocupa ahora en esa clase de asuntos—dice el secretario.

—Pues á mí me urge muchísimo la resolución del expediente, porque me he quedado sin nada; y menos mal ahora, que aun vive mi tío y puede ayudarme, pero el día menos pensado se me muere. Estaba muy gordo y muy sano, y cojió una tós horrible, porque tiene la costumbre de ponerse á leer *La Correspondencia* en la cocina, al lado de la tinaja. Dice que allí siente mucha frescura, y se conoce que se le metió dentro la humedad...

—Señora; todo eso será muy interesante, pero mis ocupaciones...
 El secretario despide á la señora de mala manera, para oír á otro pretendiente que entra con gran timidez y no sabe donde colocar las manos, ni el sombrero, ni las piernas.

—Yo venía á ver al Sr. Ministro... Ministro... con el permiso de V. porque... yo... soy de la provincia... provincia... de... Burgos... y él también...

Es tal el aturdimiento del pretendiente, que deja caer el brazo derecho sobre un velador y lo derriba; quiere levantarlo y tropieza con una butaca; pierde el equilibrio y se desploma sobre el secretario, que lo rechaza con indignación, diciendo:

—Lo primero que se necesita para venir á estas cosas, es tener buenas formas y no molestar á los funcionarios...

—Usted dispense—murmura el otro, agarrándose al velador.
 Pero el secretario no perdona la torpeza cometida por aquel infeliz, y sigue desatándose en improperios contra los pretendientes todos.

—¿Háse visto cosa semejante? No tienen ustedes nociones siquiera de lo que es buena crianza. ¿Quién le ha mandado á V. apoyar el codo en ese velador? Se conoce que no tiene V. costumbre de ver muebles finos.

—Yo creí...
 —Lo único que ustedes hacen es importunar con peticiones ridículas. ¿Qué desea V. del Ministro, vamos á ver? ¿Qué le coloque? Pues es imposible. Estamos agobiados por las recomendaciones de todo género. No puedo dar á V. esperanzas...

Suena el timbre del Ministro, y el secretario, dirigiéndose al pretendiente, le dice con acento desdenoso:

—Me llama el jefe; por lo tanto...
 —Sí señor—contesta el infeliz, cogiendo su sombrero y tomando la puerta.

El secretario le dirige una mirada de personaje altivo, y entra en el despacho del jefe.

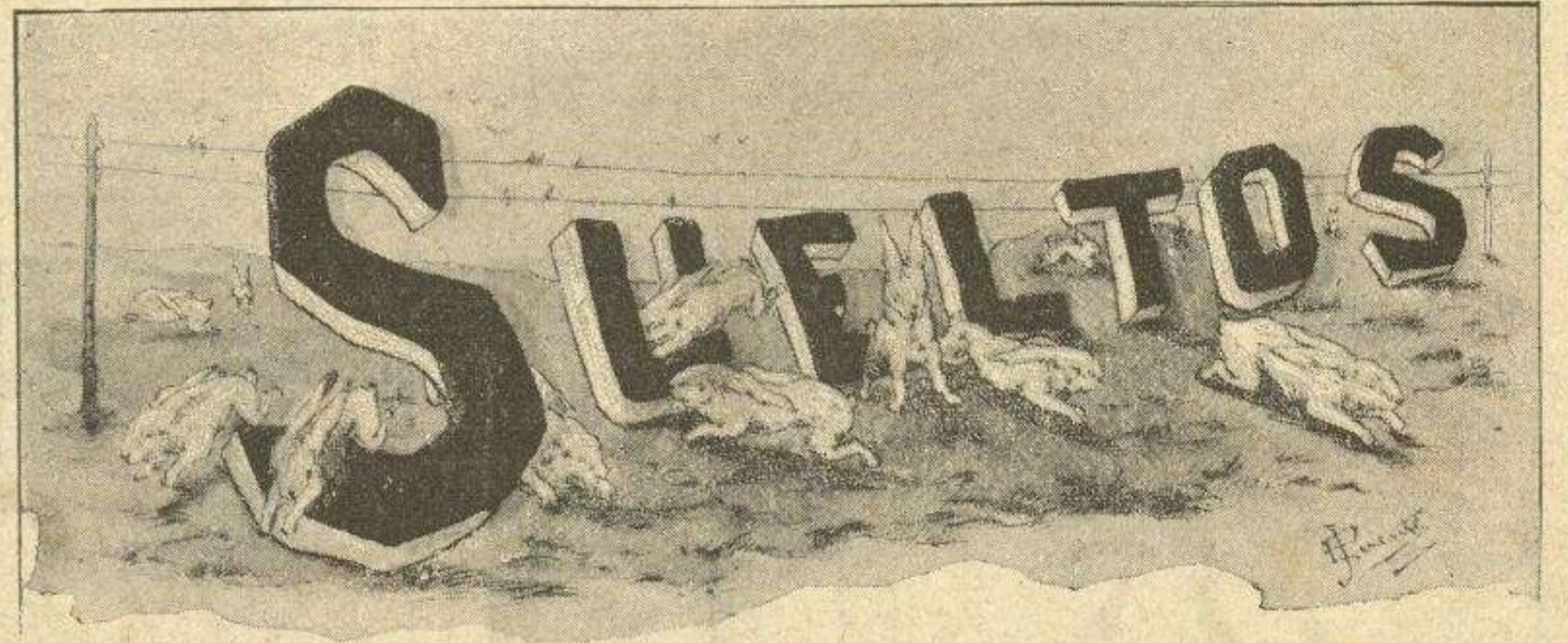
Allí su fisonomía se endulza en el acto; en sus ojos brilla la humildad; en sus lábios una respetuosa sonrisa.

—¿Llamaba V?—pregunta, en tono de servidumbre.
 —Sí. Ponga V. en limpio esa carta y mucho cuidado con la ortografía... ¡Ah! Cuando salga V. de aquí, vaya á ver si me han planchado el sombrero y no se olvide de avisar que desde mañana me lleven la leche de burras.

El secretario se inclina y desaparece por el foro, pero antes de entrar en su despacho vuelve á adoptar el gesto de altivez que tanto asusta á los pretendientes.

LUIS TABOADA

(Prohibida la reproducción.)



Apenas acabamos de nacer y ya nos sentimos *Luteros*... ¿Que si vamos á hablar de *reformas*? Si, señores; aquí traemos los papeles, aunque sin mojar.

¿Qué dirían Vdes. si les anunciarámos que, desde la próxima semana, PLUMA Y LAPIZ, notablemente corregido y aumentado, ni más ni ménos que cualquier diccionario *limpia-fija-explendoroso*, iba á costarles, en lugar de los *veinte* miserables céntimos que ahora les cuesta, *veinte y cinco idem de céntimos*?

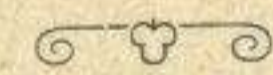
Con seguridad que escupían Vdes. por el colmillo y decían... (no quiero oír lo que dirían Vdes.)

Pero, aun sin oírlo, es el caso, señores lectores de mi alma, que las empresas tienen que tener en cuenta los gastos que una publicación les ocasiona, y el favor mayor ó menor que el público les dispensa, y, atendiendo á esto, y en vista de que Vdes. han hecho en poco tiempo que la tirada del periódico aumente considerablemente, y, considerando, además, que harían Vdes. muy bien en escupir por el colmillo, esta empresa ha acordado que, desde la próxima semana, se venda PLUMA Y LAPIZ...

¡Á 15 CÉNTIMOS!

conservando el periódico todo lo que de bueno tiene ahora (que me parece que ya es algo) y mejorado en lo que quepa todavía (que casi me parece que no cabe en nada.)

Esto por ahora; que me parece que dentro de poco, si el público sigue dispensándonos el mismo favor que hasta la fecha, á cada comprador del periódico le vamos á regalar un hotel amueblado, en el Paseo de Gracia, y... ¡chocolate con *ensaimada*!



En Italia ¡Dios divino!	creen allí de verdad
nuestras glorias emulando,	que ha de dar peras el olmo.
se están ahora entusiasmando	—
con un nuevo <i>submarino</i> .	En fin, que piense la gente

Por lo visto, aunque es un colmo	y... ¡que no se les caliente
de santa credulidad,	la chumacera!



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

- E. G. *Valencia*. Aprovecharé algo.
 P. M. *Madrid*.—*Confesión y amor*, le parecerán á V. consonantes á primera vista, pero, si gasta V. lentos. póngaselas y verá cómo no pueden ir juntos en una quintilla.
Un suscriptor. Eso si que ya no puede pasar ni como broma cándida.
 L. P. T. Otro como el *capitán*...
 Algunos de ellos irán.
 S. G.—*Barcelona*. No está mal, pero no acaba de llenarme. Y es que me hizo el sastre el chaqué con unas mangas mas estrechas!...
 R. *del mar*.—*Coruña*. Conque ¿es V. un *bate novel*?
 ¡Vaya, hombre, que disparete!
 ¿Pues no escribe con b vate?
 X.—*Barcelona*. No está mal como sueño, pero ya sabe V. lo que dijo el otro. Qué dijo, dice: «Y los sueños sueños son.»
 F. V. M.—*Madrid*. Eso mismo, en prosa, es viejo hasta para los almanaques de pared.
 (Quedan más cartas por contestar.)



Establecimiento tipo-litográfico. Calle del Olmo, núm. 8.—Barcelona

